

Primera crisis del modelo productivo

EDUARDO FRACCHIA

LA NACION

ES bien claro que en el cuarto trimestre de 2008 la Argentina experimentó una inflexión pronunciada en cuanto a nivel de actividad. Así lo confirman los datos. En la industria, uno de los sectores estrella en 2003-2008, la desaceleración de los indicadores es evidente, y algunas estimaciones privadas hablan de fuertes caídas en este año. El consumo viene desfasado y todavía acompaña, pero a una velocidad menor después de crecer entre 2003 y 2008 al espectacular ritmo del 9% anual. Es difícil estimar el desempeño de la economía en 2009 después de seis años de crecimiento, y por eso las proyecciones de los economistas oscilan entre -3 y +3 con un REM (promedio de expectativas del mercado) cercano a un crecimiento de 1 por ciento.

Pese a la velocidad con que avanzó, la crisis no ha sido inesperada, puesto que fue largamente anunciada desde el sector empresarial. Como en otras ocasiones, el *shock* vino nuevamente del Norte. Sin embargo, también influyó en la contracción de actividad la falta de credibilidad relacionada con políticas públicas cuestionables, el estilo de confrontación permanente, la discrecionalidad y la falta de compromiso institucional del Gobierno.

Ante esta situación de crisis, es útil realizar un balance, obviamente incompleto, de las fortalezas y debilidades. Desde esa perspectiva, hay aspectos positivos como negativos. El superávit fiscal sigue firme a pesar del descenso de recaudación. Por un lado, las medidas reactivantes del consumo—el gran motor del proceso de recuperación y crecimiento desde 2003— que se impulsan desde el Ejecutivo son valiosas, pero marginales, si se comparan con la disposición de compra reflejada en el índice de confianza del consumidor.

Por el lado social, como un aspecto descabado, la remuneración del trabajo subió 10 puntos porcentuales en relación con el PIB y el gasto social relacionado con la pobreza es del 0,6% del producto. Además, si bien la pobreza es altísima (aproximadamente, el 33%) existe una red de contención social público-privada no despreciable que no estaba tan articulada en 2001.

En el frente externo, la Argentina también muestra luces y sombras. El país mantendría este año excedente en la balanza comercial, pero caería de US\$ 12.000 millones a US\$ 3000 millones aproximadamente por

Comparación de indicadores crisis 2002 y 2009

	2002	2009 (estimado)
PBI Mundial (tasa de variación anual)	2,8	0,5
PBI (tasa de variación anual)	-10,9	-1,5
Inversión (tasa de variación anual)	-36,4	-5
Uso capacidad instalada (promedio período)	55,7%	79,4%
Superávit primario	\$ 2260 millones	\$ 25.725 millones
Deuda pública sobre PBI (fin de año)	166,4%	50%
Términos de intercambio (tasa de variación anual)	-3,9	-17,8
Reservas BCRA (fin de período)	US\$ 10.476 millones	US\$ 47.500 millones

Fuente: valores oficiales y estimaciones propias

LA NACION

el descenso del 15% del valor de lo exportado, en una combinación de efecto precio y cantidad. Esto supone escasez de dólares en un contexto de necesidad de financiamiento, donde buena parte del monto adeudado está denominado en divisas. La fuga de US\$ 30.000 millones en 17 meses es un dato clave para diagnosticar la vulnerabilidad del modelo, si es que éste todavía existe. Conspira también a favor de la escasez de dólares.

Las autoridades cometieron durante el período 2003-2008 errores y omisiones de política económica.

La crisis local ya es una realidad, y lo que queda de ahora en más es diagramar y aplicar medidas para reducir los efectos nocivos

Uno de ellos es que no se constituyó un fondo anticíclico aprovechando la bonanza, como sí se hizo en Chile cuando el cobre subió mucho de precio. Sería una herramienta muy útil en la actual coyuntura. El país también sigue teniendo problemas en el área energética, aunque por ahora hayan pasado a un segundo plano. El tarifazo llegó tarde para dar incentivos a la inversión en el sector. En otro orden, quizá faltó más innovación, en línea con el pensamiento de Jorge Katz, en materia de estructura productiva de

la industria manufacturera, dado el avance relativo de otros países de la región. Tampoco se reinventó el modelo para asimilar mejor una crisis como la actual que es básicamente un *shock* externo que afecta por el canal comercial.

De lo anterior se desprende que la situación actual es delicada. Aún se dispone de superávits gemelos, el dólar sigue siendo competitivo—aunque sería deseable llevarlo más cerca de \$ 4—, las reservas del BCRA están en un nivel elevado y la base de *fundamentals* de la que se parte es mejor que en 2001. Preocupan el riesgo país, la salida de capitales y la falta de relación con el FMI.

Para entender mejor la actual crisis, puede resultar útil, por un lado, verla en perspectiva a través de la óptica de la crisis de 2001. Una primera diferencia con 2001-2002 fue que aquella vez, si bien existió un componente externo inicial asociado al efecto vodka de 1998, tuvo un componente importante de origen interno. Además, la actual coyuntura es más sólida. En ese momento, la crisis estuvo gestada, entre otros factores, por el tipo de cambio retrasado y ultra fijo (falta de competitividad), debilidad política, falta de apoyo de Bush y su entorno, desequilibrio fiscal, devaluación de Brasil en 1999. Aunque existen analogías entre el agotamiento del programa de convertibilidad y el del modelo productivo (que duraron cerca de 6 años en su fase de mayor éxito), la economía está claramente más sólida en sus fundamentos que en

2001/2002 y cuenta con más variantes para instrumentar medidas de compensación del ciclo.

Es crucial pensar la actual recesión argentina desde la óptica de la crisis internacional. Su gravedad es evidente, al igual que la incertidumbre de cómo va a evolucionar. Por citar un dato, mientras las recesiones norteamericanas poscrisis del 30 duraron en promedio nueve meses, ésta, que comenzó en diciembre de 2007, puede más que triplicar el promedio histórico de extensión. No tendrá ni la intensidad ni la duración de aquella crisis que reconfiguró en los 30 el orden mundial hacia un mayor proteccionismo, menor globalización y surgimiento de ideologías totalitarias. Sin duda, tendrá costos elevados y aportará cambios importantes en la estructura económica mundial, sobre todo en el área de la regulación financiera.

A cuidar las cuentas

La crisis local ya es una realidad, y lo que queda de ahora en más es diagramar y aplicar una agenda de medidas para reducir los efectos nocivos. Una cuestión a tratar es la mejora de la competitividad; el tipo de cambio real multilateral, como mencionan varios analistas, que hace cerrar el modelo económico en términos de nivel de actividad y situación fiscal es más elevado que el actual. Por ello, puede ser necesaria una devaluación o una reducción importante de la inflación con baja de gasto en bienes no transables (gasto público) para “devaluar sin devaluar”.

Por otro lado, habrá que tratar con cuidado a las cuentas públicas. El superávit fiscal va a estar muy solicitado por la presión hacia la baja de las retenciones, por la necesidad de fondos para la mayor contención social, y por los gastos de infraestructura y otras demandas propias del aparato clientelar del populismo que jugará fuerte en octubre. Existe un trade off delicado entre pedir al FMI, perder reservas o devaluar para obtener los dólares necesarios para aportar los compromisos de deuda. Será clave hasta el recambio presidencial del 2011 la calidad de gestión en Economía. Serán años difíciles los que vendrán, con un efecto rebote más acotado a la salida de la crisis.

El autor de la nota es profesor de Economía del IAE de la Universidad Austral.

■ **El próximo domingo:** el columnista invitado será Nadin Argañaraz.